

leído por el señor Comín había sido recortado maliciosamente. La lectura completa del mencionado artículo seguía dando la razón a los que pedían votación inmediata del conflictivo documento. Minutos después, el señor Comín pretendió leer un nuevo artículo del Reglamento. «¡A ver qué te guardas ahora!», le gritaron desde la sala. La interpelación puso un profundo gesto de crispación en el rostro, visiblemente afectado por el mal trago, del señor Comín. Hay que decir que todos los miembros de la Junta que ocuparon el estrado —Pedro Oriol Costa se sentó en la sala— pasaron por momentos de dura tensión, que llegó en ocasiones a dibujar caras descañadas. Justo tras el descubrimiento del olvido del señor Comín, en su lectura del Reglamento, se oyeron los primeros gritos de «¡dimisión, dimisión!», que luego se alternaron con los de «¡votación, votación!». Pero sin resultados. Por decisión de la Presidencia —«Que tome su responsabilidad», había dicho Enrique Sopena en un momento de su destacadísima intervención a lo largo de la asamblea— no se votó. Y dimitir, sólo dimitió el señor Costa, preci-

samente la persona que se había mostrado totalmente favorable a las tesis democráticas y que, en consecuencia, rompió con el resto de la Junta Directiva.

La asamblea acabó así, de un «carpetazo» de Sentís, entre un coro de voces que pedían su dimisión. Parece, sin embargo, que los miembros de la Junta se comprometieron a enviar el documento a todos los socios y convocar inmediatamente una nueva asamblea extraordinaria. Pero no está claro, dada la evidencia del miedo a la libertad de que hicieron gala.

A la salida, entre los corrillos de periodistas formados dentro y fuera de los locales corporativos, se hablaba de la inútil defensa del «bunker», de la dignidad dimisionaria de Costa y del papel que había adoptado Sentís en favor de los sectores más reaccionarios de los periodistas. No era esa la política seguida por el presidente, que, hasta el momento, se esforzaba en mantener una actitud de centro —a lo Fraga—, alejado tanto de la ruptura como del «bunker». Bien está que las cosas se vayan clarificando. ■  
J. ZAMORA TERRES.

ca española: dos metros quince centímetros.

Pero Perarnáu, aparte de su afición y dedicación al atletismo (cuatro horas matinales y dos vespertinas de entrenamiento diariamente), desea llegar a ser periodista, oficio en el que se pueden encontrar hoy en día en España buenos profesionales con excelentes historiales deportivos en sus pasados: De la Quadra Salcedo, Antolín García, Arturo Torrén y otros muchos más.

La mala suerte de Martí Perarnáu no tiene un origen fortuito. Se pueden encontrar causas que han provocado esa mala suerte, materializada en la retirada de la asignación mensual de doce mil pesetas que el atleta recibía desde principios de año hasta el pasado mes de abril en compensación por la pérdida de horas de trabajo y gastos de desplazamiento que afectan a las máximas figuras del atletismo español.

Efectivamente, la Federación Española de Atletismo, con la aprobación de la Delegación Nacional de Deportes, «compensa» la dedicación casi absoluta de los atletas más destacados (de «alto nivel», según expresión del presidente, señor Cavero) como «ayuda en concepto de gastos para estudios, sobrealimentación y transporte» con una retribución aproximada a la docena de miles de pesetas.

Perarnáu es —sin lugar a dudas— un atleta de «alto nivel». El pasado año renunció a presentarse a las pruebas de selectividad para ingresar en la Facultad de Ciencias de la Información, sección Periodismo, con motivo de la coincidencia de fechas con la celebración del Campeonato de Europa, en defensa de los colores nacionales.

La actividad periodística de Perarnáu se ha desarrollado durante casi un año (desde junio del 74) como colaborador especializado en atletismo en *El Diario de Barcelona*. Perarnáu ha escrito lo suficiente para acreditarse como un magnifi-

co comunicador de la realidad del atletismo español, de lo que pasa «entre bastidores».

Su espíritu crítico y democrático le ha llevado a decir cosas que, según parece, han molestado a alguien, hasta el extremo de hacer comunicar al atleta-informador a través del presidente regional catalán que había perdido su «ayuda en concepto de gastos para estudios, sobrealimentación y transporte». No existe motivo aparentemente justificado para que Perarnáu haya dejado de percibir las doce mil pesetas que durante tres meses ha estado recibiendo puntualmente. Mucho menos si tenemos en cuenta que el señor Cavero, presidente de la Federación Española, había anunciado el pasado día 13 de diciembre que «los integrantes en el grupo (de atletas "alto nivel" tendrán asegurada su permanencia durante todo el año, si antes no hay incumplimiento de su programa de entrenamiento y competiciones», exceptuadas lesiones o enfermedades.

Perarnáu no sólo no ha abandonado el cumplimiento de su programa. Es más, ha logrado adaptarse en breve plazo de tiempo al estilo «Fosbury». Pero Martí Perarnáu escribe de atletismo con espíritu crítico —y seguirá haciéndolo, aunque duela a alguien—. Y Martí Perarnáu seguirá practicando el salto de altura, aunque no reciba «ayuda» y aunque no fuera seleccionado, porque es, ante todo, un deportista.

Como ha dicho un informador compañero de Perarnáu en *El Diario de Barcelona*, «esta venganza no es terrible, sino ridícula. Es la Federación la que pierde algo, cuando menos seriedad, al infringir la normativa de servicio al deporte, tratando de salvaguardar una imagen personal —la de los actuales mandatarios— al retirar una subvención que no ellos, sino el deporte español, abonan no al colaborador de atletismo de *El Diario de Barcelona*, sino al "recordman" nacional de salto de altura». ■ PABLO MORATA.



Martí Perarnáu escribe de atletismo con espíritu crítico —y seguirá haciéndolo, aunque duela a alguien—, como seguirá practicando el salto de altura, en el que posee la mejor marca española aunque no reciba «ayuda» oficial.

## PERIODISMO ATLETICO

### El caso Perarnáu

● Martí Perarnáu es un chico sin suerte; o con mala suerte, que es peor. Perarnáu es, ni más ni menos, uno de los pocos jóvenes que, siguiendo el lema «Contamos contigo» y otros similares, ha llegado

muy alto dentro del deporte español y europeo. Ha llegado alto —además de en sentido figurativo— en la realidad: su especialidad es el salto de altura, y da la casualidad de que posee la mejor mar-

## CATALUÑA

### La política y las letras

● La conferencia pronunciada por Joan Reventós en el Colegio de Abogados ha sido uno de esos acontecimientos social-políticos que reúnen a un cierto tipo del «todo Barcelona». Tal vez les sea fácil asociar el apellido de Reventós con el de una conocida marca de champán y el de una no menos conocida editorial, sobre todo conocida por una afortunada colección quincenal de bolsillo. Estas dos relaciones serían legítimas. A los nativos de por aquí, peor o mejor introducidos en

asuntos políticos, el nombre de Joan Reventós va ligado al de una larga ejecutoria de resistente civil y político, dentro de unas señas de identidad socialistas y demócratas más que socialdemócratas. De socialismo hablaba precisamente el conferenciante, y tuvo especial empeño en delimitarlo de la socialdemocracia, mercancía esta que últimamente se ha lanzado al mercado con los mejores estuches y con una ristra de «slogans» francamente afortunados: «No se autoengañe. Usted es ▶

socialdemócrata y no lo sabe». Joan Reventós fue uno de los primeros profesores expulsados de la Universidad en la segunda posguerra, concretamente de la Facultad de Ciencias Económicas de Barcelona, y ahora, en la tercera posguerra, acaba de publicar un libro escrito en colaboración con su primo. Se trata de un intercambio de memoria infantil sobre los años de la guerra: un primo en la zona roja y el otro en la zona nacional. No sé si contribuye a terminar el retrato del personaje el dato de que ha jugado al fútbol en el mismo equipo colegial que José Agustín Goytisolo o Salvador Pániker.

Reventós, un hombre muy del país, como Solé Barberá, o Jordi Pujol, o Trias Fargas, o unos cuantos millones más de gentes de este país, tiene el don de la tozudez histórica y de la claridad semántica. En su conferencia, pues, se le entendió todo, y ya empieza a ser preocupante que las conferencias políticas barcelonesas se entiendan, y, en cambio, en Madrid, o no se den, o no se entiendan. Mientras Reventós nos explicaba qué entendía por socialismo, en Madrid el profesor Duverger, de tanta influencia teórica sobre socialistas y socialdemócratas europeos, tenía que irse con la ciencia política a otra parte, porque no le autorizaban la conferencia. «Es la primera vez que me ocurre», comentó el profesor francés antes de volver a París para contarle a Giscard d'Estaing y Mitterrand que no le habían dejado hablar en España. Paradójico paralelismo. También era la primera vez «que le ocurría» a Reventós. Nunca había podido hablar tan claro y a tanta gente.

**EL VOLTAIRE DE SUECA.**—Por las mismas fechas se concedía el «Premi d'honor de les lletres catalanes» a Joan Fuster (espero que con la ayuda del latín estén todos ustedes en condiciones de entender de qué se trata). No sé si es torpe empeñamiento el mío el insistir una y otra vez en ver a Joan Fuster como un Voltaire valenciano con la educación completada por Montaigne y una hilera de socialistas sensatos. La mezcla suele dar buenos resultados, y en el caso de Fuster el resultado es excepcional. Poeta notable, ensayista tridimensional, catalanólogo y valencianólogo, Fuster pertenece a esa raza de nativos solitarios o poco acompañados que desde los años cuarenta y cincuenta hicieron de su vida la tarea de reconstruir la razón. Fui testigo presencial de la ovación de gala que se le dedicó en Valencia en el transcurso de los premios literarios de octubre. Un Fuster algo abrumado por el ruido de los aplausos parecía meditar cabizbajo sobre el largo y antiguo silencio que le

ha acompañado durante demasiados años. Vicens Ventura me comentaba: «Durante mucho tiempo, saludarnos o no saludarnos ha sido una manera de calificarse civil y moralmente mucha gente».

En el transcurso de la Festa Literaria de Maig, Joan Fuster recibió su premio tras un parlamento introductor de Castellet, en el que dijo: «Los de nuestra generación lo consideramos el primero de la clase». La gente aplaudió mucho a Castellet y luego a Fuster, como aplaudió mucho a Reventós. Se ha recuperado el lenguaje del aplauso tras unos años de desgana, en los que el cansancio histórico se mezclaba con un instinto de progresia desconfiada. Se ha descubierto finalmente que el aplauso no ratifica sólo al conferenciante o al homenajeado, sino también al público que le ha escogido. El aplauso como comunión y proclama, el aplauso como desafío a los que no están allí, en el sentido más radical de la expresión.

**Y LOS POETAS.**—Durante las últimas semanas se ha podido ver a un hombre cincuentón con rostro de «bon vivant» francés, con alternancias justas de palideces y ramajes de venillas avinadas, un bolígrafo en la mano firmante de la obra de toda una vida. Joan Vinyoli. Pónganle junto a los Esprú, Pere Quart, Bartra, Foix, Ferrater, y le pondrán en su sitio. Acaban de publicarle las poesías completas que van desde *Primer desellaç* (1937) hasta *Ara que és tard* (1975). Vinyoli es un largo, ancho, buen conversador. Habla, sobre todo, de la extraña contradicción que le acompaña durante estos últimos años: un corazón enfermo regido por un cerebro que cada día ve los versos más claros. Se autorreconoce discípulo de Rilke, Hölderlin y Carles Riba, lo que no le ha impedido una fuerte acentuación solidaria con los demás y su tiempo, especialmente en los cuatro últimos libros publicados a partir de *Rialtats* (1963).

¿Será cierto que la poesía es un arma cargada de futuro?

Parecía cierto, al menos en el «campus» de la Universidad Autónoma de Bellaterra, donde miles de universitarios se entusiasman bajo el sol de mayo y bajo toneladas de palabras recitadas por poetas catalanes y algunos representantes de la poesía portuguesa, gallega, vasca y palestina. «El oasis democrático de Bellaterra —escriben Alsius y Sánchez Costa en 'El Diario de Barcelona'— fue ayer sede de la desaparición teórica, por unas horas, de las represiones. La culta orgía acabó en una gran vomitera de "confetti" y libertad».

Una epidemia de política y poesía. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

## LABORAL

# Dos bancarios, camino del Supremo



Jesús Vela.



Pedro de Diego.

● SEVILLA.—Su historia es conflictiva, porque son hombres de nuestro conflictivo tiempo; comenzó hace unos años. Concretamente, el convenio colectivo de la Banca de 1972 ya les marcó, y hasta estuvieron incurso en expedientes iniciados por la propia Organización Sindical, posteriormente sobreseídos. Después, los acontecimientos derivados de la discusión del convenio 75/76 les harían llegar hasta Magistratura de Trabajo. Al fin, y a consecuencia de sentencia que sería dictada en su día, perderían sus puestos de trabajo.

Pedro de Diego García y Jesús Vela Rodrigo. Sus nombres son sobradamente conocidos por parte de los 120.000 trabajadores que componen el colectivo de la Banca.

Pedro de Diego es soltero, veinticuatro años de edad. Jesús Vela (veintiséis años), casado y con hijo. Han venido a Sevilla para agradecer a los trabajadores de la Banca de esta ciudad el apoyo recibido a lo largo de estos días difíciles, y a recibir, también, una importante cantidad de dinero que ha sido recogida entre los trabajadores del gremio, siguiéndose acuerdo adoptado en el Pleno de la Unión de Trabajadores del Sindicato de Banca de 20 de marzo pasado.

—Fuimos elegidos en mil novecientos setenta y uno. La verdad es que la representación sindical, en el Banco Popular de Madrid al menos, se ha distinguido siempre por ser una representación digamos que tibia. Por este motivo, prácticamente sólo nosotros nos movíamos. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que de cuarenta y ocho enlaces que le corresponden a Popular de Madrid, actualmente tan sólo se encuentran cubiertos treinta y dos puestos, es decir, falta un tercio a causa de dimisiones, así como el

despido, en el año setenta y dos, de un vocal jurado, compañero altamente apreciado por los trabajadores. Estos puestos no se han cubierto seguramente por la inminencia de las elecciones sindicales. A causa de nuestra movilidad, de este interés nuestro por cumplir con nuestra obligación, los dos fuimos expedientados por el Comité Ejecutivo del Sindicato tras el convenio del setenta y dos, junto con otros compañeros de Madrid. Después...

Después viene toda la historia reivindicativa de los trabajadores de la Banca en los últimos años, la concienciación que se va observando, la aparición de la plataforma reivindicativa de cara al convenio actual, que sería refrendada en todo el país por miles de firmas e ignorada prácticamente por la Comisión Negociadora; la respuesta durante las discusiones de más de 50.000 trabajadores en todo el país.

No podría decirse que en tales actitudes los representantes de los trabajadores marcaban consignas, como a veces, y con una tendencia claramente manifiesta, se ha indicado. Sí que esos representantes, en tanto que trabajadores al mismo tiempo, hacían causa común con los hombres que les habían elegido para tales cargos, sin deber olvidarse que a la fuer de representativos, a veces han de encarar situaciones que pueden resultar difíciles y problemáticas.

El pasado 12 de diciembre, De Diego y Vela son requeridos a presentarse —cuando se encontraban en paro, junto con la casi totalidad de la plantilla de la oficina principal de Madrid del Popular, constituidos en asamblea en el patio de operaciones— ante el Departamento de Personal. Lo hace así Vela, mientras que De Diego permanece con sus compañeros, por así acordarse ma-